



## EVOCACIÓN

Fue en el mes de Abril de un año que no puedo precisar de la década de los setenta. Como ocurre cada año, era mes de fiesta para Sevilla. El cielo estaba azul, caliente, y brillaba. Aquel día cuyo número no recuerdo, yo comí con Jorge Guillén. Lo digo con orgullo, porque no todos los profesores de literatura pueden decir otro tanto.

Entonces yo era una universitaria, estudiante de alguno de los primeros años de Filosofía y Letras, y don Jorge ocupaba en mí el lugar mágico de un ídolo de libro de texto. Venía con su mujer, Irene, de Italia. Habló de la casita que habitaban junto al Arno, en Florencia y dijo varias veces en medio de la conversación "ma non troppo", con una risa de sí mismo que estiraba las mil arrugas de su cara, de una forma que se me hace en el recuerdo como si fueran a saltar, rotas de tan tensas. Era delgado,

alto, enjuto, seco y tirante. Y sonreía.

El encuentro ocurrió en el Archivo de Indias, en Sevilla. Yo formaba parte aquel día de la mesa organizada por D. José de la Peña y Cámara, entonces director del Archivo, y su familia, para homenajear al amigo que pasaba unos días en Sevilla. Había más personas - incluso personalidades - pero yo sólo recuerdo al Guillén de mis estudios literarios de sexto de bachiller y a Marcel Bataillon, el autor del Erasmus en España de aquellos primeros años de universidad.

Mi estado de inconsciencia juvenil de entonces no me permitió sacar más jugo a la situación. Sólo conservo rasgos, detalles, pinceladas, soplos...

Recuerdo que comimos alcachofas...

D. Jorge habló con cariño de Salinas; se notaba que evocaba a un amigo. Oímos, a los postres, una grabación de El Contemplado en la voz de su autor que él mismo había enviado años atrás a D. José de la Peña, también su amigo.

Guillén dijo en distintas ocasiones: "nosotros, los clásicos", siempre riéndose de sí mismo, como jugando hacia adentro con su esencia, en actitud de hombre cotidiano, con mil arrugas en la cara enmarcando la dignidad de ser un grande de las letras españolas sin habérselo buscado.

Me habló de su primer apellido que coincidía con el mío segundo, pero se distanciaba en el espacio de procedencia - Valladolid y Extremadura - y,

sobre todo, en la magnitud.

Nos hicimos una foto. Cuando pienso en ello he de anotar que, en realidad, no fue una foto, sino un daguerrotipo. Tal vez a causa de D. Antonio Machado, para mí entonces una foto que tenía la majestad de la historia no podía llamarse, simplemente, foto.

Después yo me convertí en profesora de literatura española. Muchas veces - cada curso - he intentado acercar a mis alumnos a Jorge Guillén, a su palabra, siempre tan burilada como los rasgos de su cara y, como ellos, tan humana.

El sol de aquel día, las alcachofas (alimento ya para mí habitual en el Parnaso), la parada de la vida - quieta, estática - aparecen en el recuerdo contrastados con el dinamismo perenne de unos versos que él hizo allí para los amigos y la situación, y que - ignoro si alguna vez han sido publicados - ahora, muchos años después, fijo por escrito por primera vez:

Sevilla, gracia de estar  
en el instante preciso,  
como la ola en el mar.

M<sup>ra</sup> Isabel Cintas Guillén

(Caligrafía de Pastor Pérez Royo)